

**DIVULGANDO**

**UNA PLÁTICA CON SOPHIA**

**STEFANO SANTASILIA**  
stefano.santasilia@uaslp.mx

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES, UASLP



# ¿Cuánto real es lo virtual?



Imagen: www.freepik.es

Desde hace mucho tiempo, es incluso complicado medir cuánto, la dimensión de lo virtual ha dejado la mera condición de “opción” —o de “herramientas de apoyo” — para la enseñanza, convirtiéndose en la modalidad “de salvación”, es decir, la forma en la cual se ha vuelto posible dar continuidad al camino de la enseñanza (para los docentes) y del aprendizaje (para los estudiantes) en esta época marcada por una pandemia que sigue afectando la posibilidad de las relaciones “en cercanía”.

Lo virtual representa una dimensión cuyas posibilidades, potenciales y consecuencias han sido estudiadas desde su aparición asumiendo la necesidad de reflexionar profundamente sobre el “tipo de realidad” que proporciona y en la cual se va encauzando la acción humana. Es cierto que lo virtual no puede ser puesto en contraposición con lo “real” como si engendraran dos formas que se excluyen y que dan vida a realidades paralelas: la cuestión es mucho más compleja, porque la dimensión de la virtualidad no surge de algo que se coloca fuera de la acción humana sino que, al mirarla con más atención, representa el desarrollo —o podríamos decir la “ampliación” — de algo ya presente y que influye en la dinámica de la existencia.

Probablemente, al analizar y profundizar este asunto se nos revelan ventajas y problemas que caracterizan lo virtual, que conocemos bastante bien. ¿De qué dimensión de la existencia humana lo virtual representa una ampliación? La respuesta no es tan difícil, por lo menos en su forma inicial: lo virtual amplía la posibilidad de la imaginación proporcionando un espacio en el cual lo, que no se puede realizar —en un determinado momento— dentro de aquel mundo físico constituido por la resistencia de los cuerpos, se vuelve “mágicamente” posible. Claramente no se trata de magia — por esto el uso de las comillas —, sino de abrirse de un espacio de-contextualizante con respecto al hic et nunc (aquí y ahora).

Basta remitir a un simple ejemplo: sin tener que trasladarme a una academia aeronáutica ni colocarme dentro de un avión, puedo acceder a un simulador de vuelo —que probablemente está colocado en otro lugar que nada tiene que ver con los aeropuertos— e intentar manejar un vehículo capaz de volar. ¿Sólo es un juego? La respuesta a esta pregunta no es tan sencilla, si consideramos que los mismos pilotos de avión participan en un entrenamiento que, en el curso de su desarrollo, ha empezado a incluir dichos simuladores en la preparación de quienes se dedicarían a estas empresas.

Entonces, ¿qué sugiere el ejemplo? Antes que todo, lo virtual no se coloca fuera de la realidad humana, más bien revela un pliegue todavía en exploración: una posibilidad de actuar según una serie de repeticiones que pueden evitar la “pérdida” definitiva. Dentro de lo virtual se puede actuar, fracasar y volver a repetir con el intento de mejorar; dentro de lo virtual el tiempo parece abrirse a la reiteración sin consecuencias. Lo virtual es nuestra gran posibilidad de entrenamiento; pero no se limita a esto: sino a permitir la pulverización de las distancias.

La conexión virtual nos posibilita una comunicación rápida que resuelve la dificultad del espacio y permite que cada lugar del mundo pueda intercambiar informaciones con otro sitio: en este caso, de alguna forma amplía, una vez más, lo que es el sentido mismo de la comunicación, es decir, moverse para hacer que algo particular se vuelva común.

Se pueden añadir muchos más ejemplos, pero lo ya dicho basta para preguntar ¿deverdad lo virtual no es real? En realidad, parece que sea profundamente real porque incide sobre la realidad y, perdón por la redundancia, lo hace mediante acciones reales, conjugadas con las acciones de todos los días no de forma paralela sino continua. Comprendemos, entonces, el sentido de la definición de “realidad virtual”: efectivamente, no se trata de algo fuera de la realidad, y tampoco de “otra” realidad. Más bien, lo virtual remite a un espacio real, un pliegue de aquella realidad que consideramos de forma corriente, pero un pliegue escondido en cada momento y que, a cada paso, puede incidir modificando la existencia. Esto porque el tiempo de lo virtual no suspende el tiempo de la realidad común, sino que se incluye en ello: nunca saldremos de la única realidad en la cual estamos viviendo, sólo ocuparemos una parte del tiempo en su dimensión virtual, para luego regresar a lo no virtual.

Si no fuera así, no tendría sentido el llamado al peligro de autores como Paul Virilio o Luciano Floridi y sus estudios sobre la aceleración producida por la “infosfera”: lo virtual no puede sustituir lo no-virtual porque no se trata de opciones alternativas, sino de posibilidades complementarias. Esta es la razón por la cual, frente a este continente explorado sólo en parte, habría que considerar siempre, y detenidamente, ventajas y desventajas; efectos y consecuencias; recordando que la realidad no-virtual es siempre relación, del mismo modo que la realidad virtual y, por lo tanto, la calidad de las relaciones determina la calidad de nuestra existencia. Cuando se trata de lo virtual, sobre todo con respecto a la enseñanza, habría de considerarse bien que nos encontramos siempre en un trabajo que implica la interioridad humana y que, por esto, no es la cantidad el correcto criterio para evaluar si de verdad estamos progresando realmente o sólo en apariencia. <sup>UP</sup>

